

CARTA DECIMOCUARTA

La cultura física del niño.—Dos fatigas excesivas, ¿cuál es más peligrosa?—¿Hacemos campeones?—Higiene y resistencia.—¡Abajo el exceso de los regímenes alimenticios!—El frío y el movimiento.—Nada de sport especial: entrenamiento general.—
El sentido del record.

En el desorden que reina en nuestros días en la educación hay, sin embargo, querida sobrina, un punto que se descuida poco: es la educación del cuerpo del niño.

Es razonable, porque los seres humanos corrientes no son susceptibles de ser completamente buenos e inteligentes, si no se encuentran bien de salud. Pero esta es una razón un poco seca y un poco corta. La educación física demasiado intensa y demasiado exclusiva, acaba, como la ausencia de educación física, en desorden de salud. «Por querer demasiado hacer robustos a niños débiles—dice madame de Maintenon en un estilo de una rudeza excelente—se les mata. La educación física de los niños no es, por lo tanto, tan sencilla. No se resuelve todo con anunciar estos lugares comunes: «higiene, hidroterapia, deportes!»...

Las cosas irían a maravilla si no se tratase más

que de preparar atletas. Pero nosotros pretendemos también formar cerebros penetrables para las múltiples nociones del saber moderno. Ahora bien, en la infancia, sobre todo en esa época de la infancia que dura de los ocho a los trece años, la cultura intensa del cuerpo y la del espíritu no solamente no se ayudan una a otra, sino que son absolutamente opuestas.

¿Qué hacer, pues?

Veamos...

Por de pronto, sepamos bien lo que queremos hacer de nuestras criaturas. ¿Es probable que Pedrito se immortalice, o que simplemente gane su vida como campeón de boxeo, de ciclismo o de gimnasia? Es posible, pero no es probable. Lo probable es que tu hijo sea ingeniero, abogado, oficial, industrial, negociante, médico; en una palabra, que ejerza cualquier oficio burgués—el de artista entra cada vez más en la categoría de burgués—. Debemos, pues, prepararle intelectual y moralmente para ese porvenir. En cuanto a su cuerpo, trataremos de que adquiera toda la robustez y toda la agilidad necesarias para las necesidades físicas de un abogado, un ingeniero o un artista de nuestros días, comprendidos los medios de defensa personal, a los cuales un burgués contemporáneo puede verse inopinadamente forzado a recurrir... Si luego, al crecer, demuestra Pedrito afición por un oficio puramente físico, siempre estaremos a tiempo de examinar si su cultura debe ser empujada en ese sentido: a condición, claro está, de aligerar y restringir la cultura intelectual. Porque ni el hombre ni el niño pueden «sa-

berlo todo» ni aprenderlo todo, más tratándose de cosas antagónicas.

La educación inglesa tan alabada, y que muchos copian en Francia sin reflexión, no ha evitado el escollo. Hace muchos años, viviendo en un colegio inglés, me admiraba yo de ver la preeminencia que se le concedía a los deportes sobre los estudios. Al fin de año, sobre todo por el foot ball, se suspendían casi los trabajos y las clases. «Es imposible, me decía yo, que la educación nacional no se resentía de este abuso...» Unos años más tarde, la guerra del Transvaal me daba la respuesta, y era un inglés, extraordinariamente inglés, educado en la más pura tradición británica—Kipling—el que trataba a sus compatriotas deportistas de «imbéciles de camiseta», y les decía: «Habéis estado a punto de ser vencidos por un pueblecillo de pastores, porque sois unos asnos y porque el tennis no es suficiente como educación de un pueblo.»

Axiomas: Primero. Casi hasta el fin de la infancia hay antinomia entre la cultura física, intensa y la cultura intelectual.

Segundo. El exceso de entrenamiento físico es aún más peligroso que el intelectual, pues contra el primero se defiende peor el niño.

(Esto se refiere a los niños y a las niñas; pero, naturalmente, interesa más a los niños, aunque la pedantería higieno-exportiva no excluye tampoco a vuestro sexo, querida Francisca.

* * *

Una vez expuestos los principios restrictivos, afirmemos, sin embargo, que una bien entendida

cultura física es de primera necesidad para el niño... Yo sé que algunos tontos irán diciendo: «El tío de Francisca es el adversario de la cultura física en los niños...» Y habrá también quien repita esa tontería. Dejémosles decir y busquemos los medios de formar lo mejor posible la naturaleza física de Pedrito y Simona.

Un niño bien cuidado, higiénicamente, debe hacerse también resistente. Si tú tienes la suerte de tener un hijo que no es débil, como Simona y Pedrito, no le agobies con precauciones sanitarias... Bajo mis consejos has rechazado resueltamente los regímenes alimencios impuestos a tu hijo y a su prima por los médicos. Pedrito y Simona comen carne y beben vino, sin exceso, claro está. Y su estómago y su intestino no parecen encontrarse peor que cuando estaban condenados a féculas y agua... ¿No es extraordinario que en un siglo en que domina el entrenamiento físico, sean excluidos del sistema el estómago y el intestino, y condenados a prematura inacción? Ya vemos el efecto de ese hermoso procedimiento: una juventud, constantemente a régimen, para la que la digestión de una comida mediana es una dura labor estomacal.

Hay, por lo tanto, que buscar la resistencia del estómago, la resistencia contra el frío y contra las corrientes, que aterran a nuestros contemporáneos. En Saint-Cyr, madame de Maintenon daba a las niñas lechos duros, agua fría, poco fuego, pero ropa de abrigo y alimentación abundante. Menos el agua fría (que no limpia), encuentro ese programa excelente. Prohibid a los niños que se acerquen al fuego. El niño debe calentarse «con el movimiento».

Y esto nos trae al segundo artículo de la cultura infantil: el ejercicio muscular.

* * *

Aun contradiciendo la pedantería contemporánea, yo no quiero llamar «deportes» a los ejercicios físicos del niño hasta que tiene trece años. Para un sujeto demasiado joven, el inconveniente del deporte, propiamente dicho, es que le impone una deformación prematura: la esgrima, la equitación y hasta la bicicleta, pueden ser peligrosas, sobre todo para las niñas. Por otra parte, yo no veo lo que gana un chico de diez años sabiendo los trucos más complicados para lanzar las pelotas en el tennis. Lo que yo quiero que aprendan Simona y su primo entre los diez y catorce años, es a usar diestramente de sus miembros y a sacar de sus fuerzas nacientes todo el partido posible, pero sin especializar. Les enseño a andar, a saltar fosos, a trepar por el palo o por la cuerda de nudos, a nadar, y todo esto no a su capricho, como cuando tenían siete años y eran como animalitos, para los que nada valía tanto como la experiencia personal, la aventura con las cosas, sino metódicamente, para obtener de sus medios físicos el mejor rendimiento. No quiero que aprendan todavía equitación; pero cuando estamos en el campo hago subir a mis pupilos sobre el apacible César, palafrén de diez y nueve años, que fué un gran caballo, y que, hoy semi-jubilado, sirve para llevar los equipajes de la estación al castillo. A veces, también cogemos una raqueta y jugamos a lanzar y recoger las pelotas, ejercitan-

do de este modo el golpe de vista y la disciplina de los músculos.

En una palabra, trabajamos en la cultura física sin ninguna especialidad, pero no sin atisbar lo que manifiesta en el sujeto una aptitud especial. Por lo que he podido observar, Simona está dotada de una agilidad de cabra para trepar por los riscos más ásperos; en caso necesario sería una excelente alpinista. Tu hijo, menos ágil, tiene un golpe de vista y unos movimientos de rara seguridad: será un buen tirador de pistola y de esgrima. Los dos se atreven ya a cualquier cosa confiando en sus músculos.

Un sentimiento que yo me esfuerzo de desarrollar en ellos, porque es útil, es lo que pudiéramos llamar «el sentido del record». El record, idea moderna, excelente y moralizadora, es la idea de que siempre se puede intentar mejorar al vecino, y, sobre todo, que hoy se puede hacer mejor lo que se hizo ayêr. Es una idea moralizadora, porque es todo lo contrario del orgullo. El día que Pedrito saltó una anchura de tres metros, no estaba más que medianamente orgulloso, porque pensaba que Simona podía saltar tres metros diez centímetros; o se imaginaba a sí mismo batiendo su propio record.

Llevamos un minucioso registro de nuestros records: velocidad en la marcha, distancia, pesos levantados, agilidad, fuerza o destreza. Uno de los mejores efectos de una educación física bien conducida, es la familiaridad del niño con esta idea del record. Es útil para la cultura de los miembros, y más tarde lo será para la cultura del espíritu.

CARTA DÉCIMOQUINTA

Hasta que el niño sabe leer y escribir lo mismo que hablar, debe proseguirse la enseñanza oral.—Los dos secretos, son: no enseñar nada «en el aire» y «enseñar siempre la misma cosa».—Lo que es saber leer y escribir.—¿Cómo aprender?—El libro de clase.—«Puer unius libri».—El libro tiene que crecer al mismo tiempo que el niño.

Mientras el libro, mi querida sobrina, no es para el niño un interlocutor inmediato que le habla como una persona viva; mientras exige de él cierto esfuerzo previo, prefiero la palabra.

Hasta que Pedro y Simona no sepan leer perfectamente, el procedimiento oral seguirá siendo nuestro principal instrumento de educación.

Nuestro programa actual es éste:

La continuación de la enseñanza oral; el perfeccionamiento de la lectura y la escritura.

Continuamos la enseñanza oral tal como la practicábamos antes de abordar la lectura y la escritura. Enseñanza realista, ante todo, en el sentido de que se basa en realidades vecinas, y que no enseña nada «en el aire», es decir, sin enseñar los objetos al niño, sin ponerle en contacto directo con cada noción nueva. Ese es el primer